

TRASQUILA

USABIAGA Y SLIM: DOS VISIONES PARA EL CAMPO

Héctor Castillo Juárez

Encendió un cigarrillo sin filtro importado, miró brevemente hacia un documento que descansaba en sus manos y enseguida dirigió su mirada hacia Víctor Villalobos, doctor en genética vegetal, luego hacia el ingeniero Antonio Ruiz, para finalmente depositarse en la mía. Discutíamos hacia el final del año 2000 en la mesa agropecuaria y de desarrollo rural del equipo de transición en relación a los posibles mecanismos para conseguir llevar tecnología al productor agropecuario. Los tres sugeríamos, de modos distintos, la importancia de hacer participar a las instituciones de investigación y educación superior. El coordinador de la mesa aspiró con fuerza su cigarro y soltando el humo sentenció: “Les reto a que me mencionen una sola contribución de las universidades del país que haya impactado de manera importante en el desarrollo de la agricultura en México”.

La frase me cayó como un balde de agua helada, no porque resultara difícil demostrar la importancia que han tenido instituciones como la Universidad Autónoma de Chapingo y la UNAM en relación al desarrollo de la agricultura y la ganadería nacionales, sino porque ese comentario revelaba una mezcla de ignorancia y soberbia. Dejaba de manifiesto su desprecio por el papel que juegan y pueden jugar las universidades como posibles participantes del desarrollo del medio rural.

Empresario del sector agrícola exitoso, simpático en el trato personal, de inteligencia poco común, pero extremadamente conservador y acostumbrado a la subordinación intelectual de quienes le rodean, se mostraba molesto y preocupado cuando yo insistía en invitar a las instituciones de investigación y educación superior, a las organizaciones de productores y a las organizaciones no gubernamentales a realizar foros en todo el país para identificar posibles proyectos agropecuarios como una alternativa para el desarrollo rural. Para acabar con el paternalismo en el campo hay que hacer corresponsables del cambio a los que viven en el medio rural, le argumenté varias veces. Sería una forma innovadora de participación ciudadana que se traduciría en respaldo social a las políticas agropecuarias del nuevo gobierno, le insistí. “Cuando tu vienes nosotros vamos de regreso” me dijo el subcoordinador, Alberto Núñez Esteva, en una reunión de trabajo allá en la calle de Cedro 214.

Sigo pensando que las universidades pueden aportar el conocimiento necesario para impulsar programas y proyectos de desarrollo en el campo si interactúan apropiadamente con los productores y con otros sectores de la sociedad rural. Ello contribuiría a terminar con la visión asistencialista del gobierno para el campo y permitiría aprovechar los recursos calificados de otros sectores para impulsarlo.

Algunos amigos me comentaron, meses después, sobre la dificultad para conseguir impulsar propuestas de *"Izquierda"* en un gobierno de *"Derecha"*. Resultó por ello quizás mucho más alentador conocer que en la *XXII Reunión Anual del Consejo de las Américas*, celebrada la semana pasada en Washington, el empresario Carlos Slim coincidió con esta visión, rechazada por Javier Usabiaga, al señalar que al campo hay que llevarle tecnología y no caridad. Slim afirmó ahí que la asistencia que reciben los campesinos debe remplazarse por programas de desarrollo. Su experiencia como empresario en telecomunicaciones le ha permitido desarrollar una visión moderna y por ello está consciente de la importancia de la transferencia de tecnología y de la relevancia de impulsar programas y proyectos de desarrollo en lugar de repartir recursos públicos de manera innovadora con ayuda de la banca privada.

Para el Diario La Crónica de Hoy. Mayo 14 de 2002.

Comentarios a: trasquila@hectorcastillo.org